

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Copatrono de la Academia Auriense Mindoniense de San Rosendo,

Ilmo. Sr. Alcalde,

Excma. Corporación Municipal de Ferrol y otras,

Ilmos. Sres. Académicos,

Distinguidas autoridades,

Miñas donas e meus señores:

Es una honra para nuestra Academia encontrarnos en este lugar, sobre todo para poner colofón a una colaboración franca y permanente del Concello de Ferrol, desde el momento mismo de la creación de esta Academia. Comparte este Excmo. Concello el ser Académico de Honra con los más relevantes lugares rosendianos: Santo Tirso en Portugal, Celanova y Mondoñedo.

A ello he de añadir mi más cordial enhorabuena a tres grandes artistas y amigos que han aceptado de buen grado pertenecer a esta institución Académica. Se trata del arquitecto D. Ramón Irazo, el investigador y artista Alfredo Erias y del escultor, pintor y fotógrafo D. Manuel Ánxo Vivero Álvarez.

Estamos en la ciudad de Ferrol que es un caso especial ya que, siendo creada en el siglo XVIII como ciudad realenga de nueva planta a consecuencia de la decisión de la monarquía borbónica de convertirla, el año de 1726, en capital del Departamento Marítimo del Norte por las magníficas condiciones de seguridad de su ría. A partir del año 1749, durante el reinado de Fernando VI, la creación de los astilleros y el Arsenal Militar, que tenía una capacidad de hasta cien navíos, y la construcción de una moderna ciudad trajeron consigo la llegada masiva de trabajadores de aluvión para acometer las importantes obras realizadas, convirtiéndose Ferrol en poco tiempo, de tener unos 200 vecinos, en la ciudad más poblada de Galicia.

Si durante la época de la Ilustración los ingenieros y arquitectos que trabajaron en el Ferrol del siglo XVIII consiguieron conciliar de forma armónica el territorio de la ciudad, formado por el casco urbano con dos amplias plazas centrales, los barrios sabiamente articulados por una alameda, con un hermoso templo, hoy Concatedral de la Diócesis Mindoniense Ferrolana, un puerto civil y un arsenal militar complementando la urbe y las construcciones defensivas protegiendo su ría que hasta el día de hoy nos causa admiración.

En Febrero del año 2000 se sentaron las bases de la propuesta para que el conjunto del Arsenal y Castillos de la Ría de Ferrol fuesen declarados Patrimonio de

la Humanidad. Con la propuesta, que se une a la declaración de Conjunto Histórico-Artístico del barrio de la Magdalena el año 1984 y de Bien de Interés Cultural del Arsenal Militar el año 1994, se trata de reconocer el alto valor patrimonial de unas construcciones que forman el particular conjunto histórico del Ferrol del siglo XVIII, caracterizado por una tecnología novedosa en su tiempo y una ingeniería hidráulica y de fortificación que introdujo en Galicia el academicismo ilustrado.

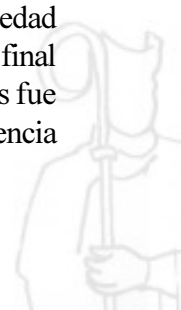
En la ciudad de Ferrol en el siglo XVIII se construyó la primera Alameda gallega para paseo y recreo público de sus vecinos, la monumental iglesia de San Julián fue la primera obra religiosa importante que introdujo el clasicismo en Galicia y el racional barrio de la Magdalena. Al justo reconocimiento de Ferrol como Patrimonio de la Humanidad quiere adherirse esta Academia en el día de hoy.

La antaño Diócesis de Mondoñedo y actualmente Mondoñedo-Ferrol, junto con sus obispos han sido siempre muy conscientes de la importancia de esta ciudad, fomentando el apostolado social, Sociedad Católica de Obreros, Cáritas, movimientos especializados de apostolado como la JOC, HOAC, etc... la creación de varias parroquias, el papel jugado por los cristianos ferrolanos en los difíciles momentos anteriores a la Transición, etc... Los obispos Mindoniense a lo largo de los siglos XIX y XX han mostrado un interés constante por hacerse presentes en esta ciudad y entablar un diálogo constante con los diversos estamentos de la Ciudad. Baste pensar la presencia que aquí han tenido los obispos Fernández de Castro, De Arriba y Castro y el bueno de Mons. Argaya que en 1959 hizo que esta ciudad comparta la Capitalidad diocesana con Mondoñedo, fecha desde la cual se fueron trasladando aquí los servicios centrales de la diócesis y la presencia continua del Sr. Obispo.

No cabe duda de que la presencia de la Iglesia aquí es fruto de un momento de gran efervescencia en esta zona de la diócesis. Hoy están muy bien estudiadas, las instituciones culturales y de todo tipo surgidas en esta ciudad de una enorme inquietud, las cuales han sido como un fuerte acicate para la fe y la labor pastoral de esta Iglesia Diocesana.

A pesar de todas las críticas que no dejan de ser tópicas en muchas ocasiones, la actitud de la Ilustración y de los ilustrados hacia la fe resulta muy compleja. Para Locke, el hombre puede ser pensante y creyente a un tiempo, pues las verdades esenciales del Cristianismo son compatibles con la razón y la experiencia; es en el momento en que la fe tradicional contradice o frena el pensamiento racional cuando debe rechazarse.

En verdad, si recorremos la vida de las principales mentes de la época encontramos muy pocos ateos o descreídos. Muchos de ellos practicaron una piedad individual a veces más emocional que intelectual, como le sucede a Rousseau al final de sus días. Su respeto hacia las ceremonias públicas de las distintas Iglesias fue unánime de igual modo que lo fue su creencia en algún tipo de deidad cuya existencia



ciencia y filosofía anunciaban. Hasta el escéptico Hume proclama, viendo el perfecto orden del universo, que no puede ser producto del mero azar.. Otros, centraron sus esfuerzos en crear una nueva alternativa: el deísmo. Es más, algunas cosas de la religión y la Iglesia llegaron a ser elogiadas por los ilustrados.

El deísmo representa la formulación religiosa más extendida entre los autores ilustrados. Se podría definir como la creencia en un Dios racional sin dogmas ni obligaciones para quienes lo practiquen, al contrario de lo que sucede en los credos tradicionales. Enraizado en el Renacimiento, su primer y principal centro de formulación estará en Inglaterra, si bien Francia reelaborará de nuevo su núcleo doctrinal cuando reciba las ideas desde las islas. El camino lo inicia Locke (1632-1704) con su obra *El Cristianismo racional*, publicada en 1694, y culmina en Toland (1670-1722) cuyo *Cristianismo sin misterio* (1696) es un tratado de filosofía deísta, lleno de ideas de sus predecesores. El deísmo mantiene su antigua síntesis entre Dios, Razón y Naturaleza, pues todas las consideraciones llevaban al hombre insatisfecho a pensar que bajo la diversidad religiosa existía un cuerpo de creencias comunes puesto por aquella última en todos los individuos, a saber: la existencia de un Dios, que salva y castiga, y la obligación del hombre de adorarlo, en palabras de lord Herbert of Cherbury (1583-1648), cuando define la religión natural.

Entre una religión natural y una religión de la Naturaleza la distancia no resultaba excesiva y el paso pareció fácil. Spinoza (1632-1677), en su *Tractatus theologico-politicus* (1670) y en su *Ética* (1677), hace ya de lo divino y de lo humano una sola categoría. Dios y la Naturaleza son lo mismo, de tal modo que todo existe en Dios y nada es concebible fuera de él; todo es Dios y Dios es todo. El hombre es un modo del Ser. Los ataques recibidos desde los espíritus racionalistas y científicos no pudieron por menos que provocar la respuesta del lado cristiano. Unas veces se hará utilizando la misma arma que sus enemigos: la razón; otras, apelando a potencias del hombre despreciadas por aquéllos -la sensibilidad- y procurando una intensificación de la vivencia religiosa.

Aunque sea brevemente queremos poner de relieve que, a día de hoy, estamos convencidos de que Cultura, ciencia y fe comparten un origen y destino común, mediante el uso de la razón y el conocimiento existencial que proviene de la fe que busca comprenderse a sí misma. Todas nuestras conquistas en el mundo nos trasladan al enigma de nuestra vida como personas, inmersas en el tiempo y anhelantes de lo que la temporalidad alberga en su tuétano indestructible, como creadores y criaturas. Esto nos remite a la Iglesia, entendida como don y presencia desde donde la cultura humana y la condescendencia⁴ divina pueden ser conciliadas. Es necesario que la Iglesia interprete las características de este nuevo tiempo a la luz del Evangelio para seguir siendo fiel a sus orígenes. La incapacidad de mirar hacia atrás impediría aprovechar lo que la Revelación nos ofrece, ante el peligro de que las propias realidades cristianas pierdan su contenido, volviéndose irreconocibles su sentido y su eficacia

originaria. El Evangelio correría el riesgo de dejar de ser Buena Nueva, el Nuevo Testamento renunciaría a su condición de propuesta de la libertad definitiva y la Iglesia dejaría de ser la comunidad de los hombres libres por la gracia de Dios y obligados, por esa gracia, a servir a sus hermanos. Si se ignora la gracia como fundamento de la existencia, ésta se apoyaría en la ley (moralismos, deísmos, ilustraciones) o en la acción revolucionaria permanente como fundamento de la convivencia y de la reconciliación humana.

Obviamente las raíces cristianas no dan razón de toda la realidad, pero son realidades presentes y manifiestas, son instituciones, personas, ideas, comunidades que afirman con humildad y coraje su identidad ciudadana. Para entender el pasado y el presente, es inevitable hacer una lectura creyente de la historia. La sociedad secular y la cultura europea no pueden comprenderse a sí mismas sin esa radicación cristiana; esto no quiere decir que la Iglesia o los cristianos deban aspirar a algún tipo de privilegio especial, sino ejercer su propuesta en libertad y diálogo con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

Nuestra realidad histórica, y nuestra conciencia de cristianos en Galicia, tiene un ingente pasado de fe que transmitir, y una grave responsabilidad como ciudadanos, porque todos esos hechos, instituciones y creaciones son expresión de una fe y a la vez matriz de una cultura y de una forma de entender la existencia que configura nuestra ser más allá de lo que es dado imaginar. Si renunciamos a esto, nuestra cultura y nuestro ser como pueblo corre el riesgo de quedar sin raíces si sus precedentes históricos no son permanentemente actualizados y recreados. ¿Dónde fundamentar los valores de nuestra existencia y de nuestro futuro si no somos capaces de recuperar positivamente nuestra memoria?¹

La conciencia humana contemporánea está determinada por una serie de factores: religiosos, intelectuales, sociales, políticos, jurídicos, económicos y técnicos, cuya combinación da lugar a la identidad personal y colectiva. Las personas que piensan actualmente en el futuro de nuestro entorno social afirman que el nuevo milenio estará caracterizado por cuatro grandes influencias religiosas: el cristianismo, el Islam, las religiones orientales que se presentan con voluntad misionera y las diversas sectas. Pero esto es relativamente reciente, resultado de los grandes cambios que operan en nuestra sociedad. En realidad la fe cristiana es el elemento decisivo de la configuración espiritual y religiosa de los pueblos que componemos la vieja Europa.

A todos Uds. Mi más cordial agradecimiento y felicitación, al tiempo que hago votos para que la colaboración entre nuestra Academia continúe y se acreciente. Muchas gracias. Ferrol a 115 de septiembre de 2012.

Segundo L. Pérez López

¹ Cf. la obra de M. Pera-J. Ratzinger, *Senza radici. Europa. Relativismo. Cristianesimo. Islam* (Roma 2004).

